



Informe sobre El Tungsteno -Informe de investigación-

Exposición temporal
Ya viene el día. César Vallejo, el fervor y la palabra

Yaneth Sucasaca

Mayo, 2021

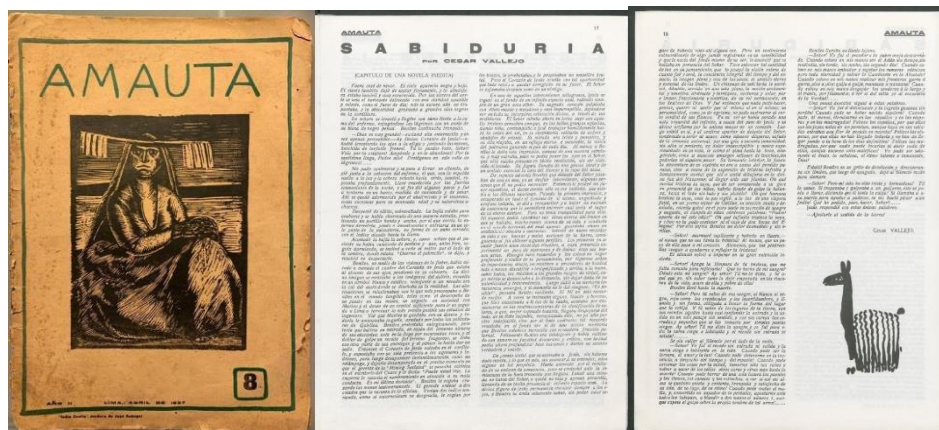
Informe sobre El Tungsteno

Se publica en Madrid, en 1931 como parte de la colección “La novela proletaria” de la editorial Cenit.



Para este momento, Vallejo propugna las ideas marxistas y ya había viajado a Rusia entre 1928 y 1931 y publicado sus artículos sobre los avances de la Unión Soviética. De acuerdo a Luis Monguió y Armando Bazán, la novela fue pensada desde la estadía en la cárcel de Vallejo, movido por la injusticia que vio y vivió.

Un fragmento de la novela se publica bajo el título de “Sabiduría”. Capítulo de una novela inédita, en la revista *Amauta*, nro. 8, abril de 1927.



Es definida por su propio autor como un reportaje¹ hecho a la sociedad peruana, por lo que busca ser objetivo e interpelar al lector.

¹ ¿Dónde?

Ambientado en los inicios de la Primera Guerra Mundial, narra la historia de la explotación del suelo de Quivilca y de sus habitantes por la Mining Society, así como la lucha de los habitantes por escapar de los maltratos y la explotación.

- Llegada de la Mining Society, la instalación de nuevas dinámicas en el pueblo y su “activación económica” a través de la explotación minera, el comercio, la apropiación de tierras y la obtención de mano de obra barata.
- Intervención en la dinámica habitual de los soras, su desinterés por el dinero, la búsqueda solo de lo necesario, la ingenuidad y los abusos hacia ellos.
- José Marino y el arrebato de tierras, violación colectiva y asesinato de la rosada, el reclamo de sus hermanas.
- El viaje de José Marino a conseguir 100 peones, debido a la inminencia de la unión de EEUU a la guerra, las transacciones para conseguir peones (corrupción).
- Abusos hacia los yanaconas, la conscripción militar, la muerte de Braulio Conchucos, el levantamiento del pueblo, alimentado por el llamado de Servando Huanca. La persecución y el asesinato sin piedad a quienes participaron de la revuelta.
- La reunión secreta entre Servando, Benites y “el apuntador”.

Personajes:

- Servando Huanca, herrero
- Leonidas Benites, agrimensor
- Místers Taik y Weiss, gerente y subgerente extranjeros
- Javier Machuca, cajero de la empresa
- Baldomero Rubio, ingeniero
- José Marino, comerciante y enganchador de peones para la Mining Society
- Baldazari, el comisario del asiento minero
- Leónidas Benites
- Soras y yanaconas

[Llegada de la Mining Society]

- Dueña, por fin, la empresa norteamericana Mining Society, de las minas de tungsteno de Quivilca, en el departamento de Cuzco, la gerencia de Nueva York dispuso dar comienzo inmediatamente a la extracción del mineral.
- Una avalancha de peones y empleados salió de Colca y de los lugares del tránsito, con rumbo a las minas. A esa avalancha siguió otra y otra, todas contratadas para la colonización y labores de minería. La circunstancia de no encontrar en los alrededores y comarcas vecinas de los yacimientos, ni en quince leguas a la redonda, la mano de obra necesaria, obligaba a la empresa a llevar, desde lejanas aldeas y poblaciones rurales, una vasta indiana, destinada al trabajo de las minas.

- El dinero empezó a correr aceleradamente y en abundancia nunca vista en Colca, capital de la provincia en la que se hallaban situadas las minas. Las transacciones comerciales adquirieron proporciones inauditas. Se observaba por todas partes, en las bodegas y mercados, en las calles y plazas, personas ajustando compras y operaciones económicas. Cambiaban de dueños gran número de fincas urbanas y rurales, y bullían constantes ajetreos en las notarías públicas y en los juzgados. Los dólares de la Mining Society habían comunicado a la vida provinciana, antes tan apacible, un movimiento inusitado.
- En la primera avanzada de peones y mineros marcharon a Quivilca los gerentes, directores, y altos empleados de la empresa. Iban allí, en primer lugar, Mr. Taik y Mr. Weiss, gerente y subgerente de la "Mining Society"; el cajero de la empresa, Javier Machuca; el ingeniero peruano Baldomero Rubio, el comerciante José Marino, que había tomado la exclusividad del bazar y de la contrata de peones para la "Mining Society"; el comisario del asiento minero, Baldazari, y el agrimensor Leónidas Benites, ayudante de Rubio.

Nuevas relaciones humanas, dinámicas incomprendidas, explotación [laboral]

- Los soras, en quienes los mineros hallaron todo género de apoyo y una candorosa y alegre mansedumbre, jugaron allí un rol cuya importancia llegó a adquirir tan vastas proporciones, que en más de una ocasión habría fracasado para siempre la empresa, sin su oportuna intervención [...]. Se contentaban con vivir en armoniosa y desinteresada amistad con los mineros, a los que las soras miraban con cierta curiosidad infantil, agitarse día y noche, en un forcejo sistemático de aparatos fantásticos y misteriosos. Por su parte, la Mining Society no necesitó, al comienzo, de la mano de obra que podían prestar los soras en los trabajos de las minas, en razón de haber traído de Colca y de los lugares del tránsito una peonada numerosa y suficiente. La Mining Society dejó, a este respecto, tranquilos a los soras hasta el día en que las minas reclamasen más fuerzas y más hombres.

Despojo de tierras

- El primero en operar sobre las tierras, con miras no sólo de obtener productos para su propia subsistencia, sino de enriquecerse a base de la cría y del cultivo, fue el dueño del bazar y contratista exclusivo de peones de Quiyuca, José Marino.
- José Marino puso el ojo, desde el primer momento, en los terrenos, ya sembrados, de los soras, y resolvió hacerse de ellos. Aunque tuvo que vérselas en apretada competencia con Machuca, Baldazari y otros, que también

empezaron a despojar de sus bienes a los soras, el comerciante Marino salió ganando en esta justa. Dos armas le sirvieron para el caso: el bazar y su cinismo excepcional.

[Los soras]

- —Ya veo que tú también estás trabajando. Muy bien, cholito. ¿Quieres que te socorra? ¿Cuánto quieres?
El sora no entendía este lenguaje de "socorro" ni de "cuánto quieres". Solo quería agitarse y obrar y entretenerse, y nada más. Porque no podían los soras estar quietos. Iban, venían, alegres, acezando, tensas las venas y erecto el músculo en la acción, en los pastoreos, en la siembra, en el aporque, en la caza de vicuñas y guanacos salvajes, o trepando las rocas y precipicios, en un trabajo incesante y, diríase, desinteresado.
- Solamente el día en que le faltase dónde y cómo trabajar para subsistir, sólo entonces abrirían acaso más los ojos y opondrían a sus explotadores una resistencia seguramente encarnizada. Su lucha con los mineros, sería entonces a vida o muerte. ¿Llegaría ese día? Por el momento, las soras vivían en una especie de permanente retirada, ante la invasión, astuta e irresistible, de Marino y compañía.

Abuso sexual

—Cayó nieve. Varias veces vino gente a hacer compras en el bazar y se iban sin atreverse a entrar. Una india de aire doloroso y apurada, llegó corriendo.

—¿Ahí está tu tío? -le preguntó jadeante a Cucho. -Sí; ahí está. ¿Para qué?

—Para que me venda láudano. Estoy muy apurada, porque ya se muere mi mama.

—Pase usted, si quiere.

—¿Pero quién sabe está con gente?

—Está con muchos señores. Pero entre usted, si quiere. . .

La mujer vaciló y se quedó a la puerta, esperando. Una angustia creciente se pintaba en su cara. Cucho, sin soltar la soga del caballo, se entretenía en dibujar con el cabo de un lápiz rojo, y en un pedazo de su cuaderno de la escuela, las armas de la patria.

...

Al venir la noche, cerraron herméticamente la puerta y el bazar quedó sumido en las tinieblas. Todos los contertulios —menos Benites, que se había quedado

dormido— conocieron entonces, uno por uno, el cuerpo de Graciela. José Marino primero, y Baldazari después, habían brindado a la muchacha a sus amigos, generosamente. Los primeros en gustar de la presa fueron, naturalmente, los patrones místers Taik y Weiss. Los otros personajes entraron luego a escena, por orden de jerarquía social y económica: el comisario Baldazari, el cajero Machuca, el ingeniero Rubio y el profesor Zavala. José Marino, por modestia, galantería o refinamiento, fue el último. Lo hizo en medio de una batahola demoníaca. Marino pronunciaba en la oscuridad palabras, interjecciones y gritos de una abyección y un vicio espeluznantes. Un diálogo espantoso sostuvo, durante su acto horripilante con sus cómplices. Un ronquido, sordo y ahogado, era la única señal de vida de Graciela. José Marino lanzó, al fin, una carcajada viscosa y macabra....

[Imposición del capital]

- ¡Pobres soras! Son unos cobardes y unos estúpidos. Todo lo hacen porque no tienen coraje para defender sus intereses. Son incapaces de decir no. Raza endeble, servil, humilde hasta lo increíble. ¡Me dan pena y me dan rabia! Marino, que ya estaba en sus copas, le salía al encuentro:
—Pero no crea usted. No crea usted. Los indios saben muy bien lo que hacen. Además, esa es la vida: una disputa y un continuo combate entre los hombres. La ley de la selección. Uno sale perdiendo, para que otro salga ganando. Mi amigo: usted, menos que nadie...
- Mister Taik le había dicho secamente a José Marino: —Usted me pone, antes de un mes, cien peones más en las minas. —Haré, Míster Taik, lo que yo pueda— respondió Marino. — ¡Ah, no! No me diga usted eso. Usted tiene que hacerlo. Para los hombres de negocio, no hay nada imposible...

Los yanaconas

- Analfabetos y desconectados totalmente del fenómeno civil, económico y político de Colca, vivían, por así decirlo, fuera del Estado peruano y fuera de la vida nacional. Su sola relación con ésta y con aquél se reducía a unos cuantos servicios o trabajos forzados que los yanacones prestaban de ordinario a entidades o personas invisibles para ellos: abrir acequias de regadío, desmontar terrenos salvajes, cargar a las espaldas sacos de granos, piedras o árboles con destino ignorado, arrear recuas de burros o mulas con fardos y cajones de contenido misterioso [...] llevar al hombro literas de personajes muy ricos y muy crueles; descender a las minas, recibir trompadas en las narices y patadas en los riñones, entrar a la cárcel, trenzar sogas o pelar montones de papas, amarrados

a un brazadero, tener siempre hambre y sed, andar casi desnudos, ser arrebatados de sus mujeres, para el placer y la cama de los mandones, y mascar una bola de coca humedecida de un poco de cañazo o de chicha... Y, luego ser concripto o “enrolado”, es decir ser traídos a la fuerza a Colca a prestar servicio militar obligatorio.

- ¿Qué sabían estos dos yanacones del servicio militar obligatorio? ¿Qué sabían de patria, de gobierno, de orden público ni de seguridad ni de garantías nacionales? [...] Lo único que sabían los indígenas era que eran desgraciados.
- Al final de la cuesta, sus cuerpos exánimes, agotados, perdieron todas las fuerzas y se dejaban arrastrar inertes, como palos o piedras, por las mulas. La voluntad vencida por la inmensa fatiga, los nervios sin motor, los músculos laxos, demolidas las articulaciones y el corazón amodorrado por el calor y el esfuerzo de cuatro horas seguidas de carrera, Braulio Conchucos e Isidoro Yépez no eran más que dos retazos de carne humana, más muertos que vivos, colgados y arrastrados casi en peso y al azar. Un sudor frío los bañaba. De sus bocas abiertas, salían espumarajos y sangre mezclados. Yépez empezó a despedir un olor nauseabundo y pestilente. Por sus tobillos descendía una sustancia líquida y amarilla.
- La marcha de estos forzados, para evitar encuentros azarosos en la ruta, se hizo en gran parte por pequeños senderos apartados. Nadie dijo a estos indios nada. Ni a dónde se les llevaba ni por cuánto tiempo, ni en qué condiciones. Ellos obedecieron sin proferir palabra. Se miraban entre sí, sin comprender nada, y avanzaban a pie, lentamente, la cabeza baja y sumidos en un silencio trágico. ¿A dónde se les estaba llevando? ¿Quién sabe; al Cuzco, para comparecer ante los jueces por los muertos de Colca? Pero, ¡si ellos no habían hecho nada! ¡Pero, quién sabe! ¡Quién sabe! ¿O tal vez los estaban llevando a ser concriptos? ¿Pero también los viejos podían ser concriptos? ¡Quién sabe! Y; entonces, ¿por qué iban con ellos los Marino y otros hombres particulares, sin vestido militar? ¿Sería que estaban ayudando al subprefecto? ¿O acaso los estaban llevando a botarlos lejos, en algún sitio espantoso, por haberlos agarrado en la plaza, a la hora de los tiros? ¿Pero, dónde estaría ese sitio y por qué esa idea de castigarlos botándolos lejos?... Cuando ya fue de mañana y el sol empezó a quemar, muchos de ellos tuvieron sed... ¡Ya todo iba quedando lejos!... ¿Hasta cuándo? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe!...

[Las masas]

- Tenía unos treinta años. Fue uno de los primeros entre los curiosos que habían rodeado a los gendarmes y a los yanacones. Fue el primero asimismo que gritó a

favor de estos últimos ante la Subprefectura. Los demás habían tenido miedo de intervenir contra ese abuso. Servando Huanca los alentó, haciéndose él guía y animador del movimiento. Otras veces ya, cuando vivió en el valle azucarero de Chicama, trabajando como mecánico, fue testigo y actor de parecidas jornadas del pueblo contra los crímenes de los mandadores... Su sola táctica de lucha se reducía a dos cosas muy simples: unión de los que sufren las injusticias sociales y acción práctica de masas.

[Trabajo]

- En el Perú, y particularmente en la sierra, a los obreros les hacen cumplir los patrones sus contratos civiles, valiéndose de la policía, [...] La deuda del obrero es coercible por la fuerza armada, como si se tratara de un delito.
- “por estúpidos, por no saber andar entre las máquinas”
- Leónidas Benites no hacía más que expresar por medio de palabras lo que practicaba en la realidad de su conducta cotidiana. Benites era la economía personificada y defendía el más pequeño centavo, con un celo edificante. Vendrían días mejores, cuando se haya hecho de un capitalito y se pueda salir de Quivilca, para emprender un negocio independiente en otra parte. Por ahora había que trabajar y ahorrar, sin otro punto de vista que el porvenir. Benites no ignoraba que en este mundo, el que tiene dinero es el más feliz, y que, en consecuencia, las mejores virtudes son el trabajo y el ahorro, que procuran una existencia tranquila y justa, sin ataques a lo ajeno, sin vituperables manejos de codicia y despecho y otras bajas inclinaciones que producen la corrupción y ruina de personas y sociedades...

[La revolución]

- Huanca llegó a unirse algunas veces con sus compañeros de trabajo y de dolor, en pequeñas asociaciones o sindicatos rudimentarios, y allí le dieron periódicos y folletos en que leyó tópicos y cuestiones relacionadas con esa injusticia que él conocía y con los modos que deben emplear los que la sufren, para luchar contra ella y hacerla desaparecer del mundo. Era un convencido de que había que protestar siempre y con energía contra la injusticia, dondequiera que ésta se manifieste. Desde entonces, su espíritu, reconcentrado y herido, rumiaba día y noche estas ideas y esa voluntad de rebelión. ¿Poseía ya Servando huanca una conciencia clasista? ¿Se daba cuenta de ello?
- ¡Si el herrero quisiese únicamente el aumento de los salarios a la peonada, buenos ranchos, disminución de las horas de trabajo, descanso por las noches y los domingos, asistencia médica y farmacéutica, remuneración por accidentes de

trabajo, escuelas para los hijos de los obreros, dignificación moral de los indios, el libre ejercicio de sus derechos, y por último, la justicia igual para grandes y pequeños, para patronos y jornaleros, poderosos, y desvalidos!... Mas eso no era todo. ¡Servando Huanca osaba ir hasta hablar de revolución y de botar a los millonarios y grandes caciques que están en el Gobierno, para ponerlo a éste en manos de los obreros y campesinos, pasando por sobre las cabezas de la gente culta e ilustrada, como los abogados, ingenieros, médicos, hombres de ciencia y sacerdotes!

- Los patronos y millonarios franceses, yanquis, alemanes, ingleses, son más ladrones y criminales con los peones de la India, de Rusia, de la China, del Perú, de Bolivia, pero también son ladrones y asesinos con los peones de las patrias de ellos. En todas partes, en todas, pero en todas, hay unos que son patronos y otros que son peones, unos que son ricos y otros pobres. Y la revolución, lo que busca es echar abajo a todos los gringos y explotadores del mundo, para liberar a los indios de todas partes. ¿Han leído ustedes en los periódicos lo que dicen que en Rusia se han levantado los peones y los campesinos? Se han levantado contra los patronos, y los ricos, y los grandes hacendados, y contra el gobierno, y los han botado, y ahora hay otro gobierno...
- Yo he leído cuando trabajaba en los valles azucareros de Lima, que sólo hay ahora un solo hombre en todo el mundo, que se llama Lenin, y que ése es el único inteligente que está siempre con los obreros y los pobres y que trabaja para hacerles justicia contra los patronos y hacendados criminales.
- Ahí tengo un periódico que me han enviado de Lima, escondido. Ahí dicen que Lenin va a ir a Rusia y van a levantar las masas... y va a poner en el Gobierno a los pobres y a los obreros. ¡Allí también dicen que lo mismo hay que hacer en todas partes: aquí en el Perú, en Chile, en el extranjero, en todos los países, para botar a los gringos y patronos, y ponernos nosotros, los obreros y los pobres, en el Gobierno!

[Los intelectuales frente a la revolución]

- “Hay una sola manera de que ustedes, los intelectuales, hagan algo por los pobres peones, si es que quieren, en verdad, probarnos que no son ya nuestros enemigos, sino nuestros compañeros,” le dice Huanca al agrimensor burgués, Leónidas Benites. “Lo único que pueden hacer ustedes para nosotros es hacer lo que nosotros les digamos y oírnos y ponerse a nuestras órdenes y al servicio de nuestros intereses. Nada más”.
- Público lector proletario (letrado), si hay en España.